



JUGAR A LOS SOLDADITOS.— El aspecto físico del general Cheyre delata su oficio hasta casi la exageración. Al verlo, uno tiene la certeza de que él se siente cómodo en las campañas militares: haciendo ejercicios, simulando batallas, dando órdenes y cantando a coro.

Adiós a las armas

El general Cheyre pertenece a esa generación de militares que, sospecho, han comprendido el lugar que cabe a las armas, y a quienes las poseen, en la democracia.

Su apariencia de asceta —no es difícil imaginarlo martirizándose día tras día, haciendo ejercicios, transpirando y comiendo lechuga— le viene como anillo al dedo a la profesión que ha ejercido durante todos estos años. Mientras a otros generales uno se los imagina más cómodos en la Contraloría, en algún tribunal o en una oficina de partes —la barriga rebelde y nunca derrotada, semblante sosegado y vida sedentaria—, el aspecto físico del general Cheyre delata su oficio hasta casi la exageración. Al verlo, uno tiene la certeza de que él se siente cómodo en las campañas militares: haciendo ejercicios, simulando batallas, dando órdenes y cantando a coro. Si usted tiene que dibujar un militar y no sabe cómo, no se haga problemas: mire una foto del general Cheyre.

Pero él, la verdad sea dicha, ha demostrado ser algo más que sólo un militar.

Él es también un político.

Manejó como ninguno de los de su oficio los códigos de la comunicación masiva y supo vencer la voluntad ajena —sobre todo la de sus propias filas— elu-

diendo el conflicto franco. Y, como si fuera un florentino, dio un paso cada vez.

Se entendió de maravillas con Michelle Bachelet.

Es que algo tienen en común. Ambos creen que lo militar es una disciplina intelectual y no sólo un oficio. Algo que se puede cultivar a punta de meditaciones, como la filosofía o la gramática, obteniendo certificados. Por eso se llevaron bien. No por afinidad política. Es una cuestión de biografía.

Cometió errores, por cierto.

Alguna vez incurrió en una exageración epistolar. Otra vez quiso cuadrar el círculo del pasado haciendo de vocero de quienes estaban en retiro. Su locuacidad fue a veces excesiva para quien porta armas. Tuvo además la trágica suerte de Antuco.

Todo eso, sin embargo, a estas alturas y a la hora de juzgar su desempeño, no lo ensombrece. Sacadas las cuentas, lo hizo mejor que peor. Sin ninguna duda.

Su formación académica le permitió elaborar un relato acerca del lugar que le cabe al Ejército en la república. Y en los hechos, que es donde importa, fue

construyendo, poco a poco, una conducta que hace plausible que el Ejército hoy día sea lo que siempre debió ser: una institución sometida al poder civil; que, de un paso a la vez, se ha distanciado de las barbaridades; que renuncia a justificarlas y que se ha ganado la confianza de la ciudadanía.

Se atrevió a pronunciar la frase que, si no recuerdo mal, patentó Sabato —¡nunca más!— y con ello hizo más que cualquier transformación organizacional o cualquier asalto ideológico: enseñó a quienes de él dependían, sobre todo a esos jóvenes y a esas muchachas que se visten de azul, descubren la belleza de la disciplina y estudian con empeño en la escuela militar, cuáles eran los límites de lo posible para quienes portan las armas que la ciudadanía les confía. Es cierto que al formular esa declaración les echó la culpa a las estrellas y por un momento nos hizo creer que los estropicios en que incurrieron los militares fueron como un rayo caído del cielo. Es verdad también que hizo esa declaración cuando ya no quedaba alternativa; que con ella se anticipó al informe de la tortura; y que, de esa forma, morigeró sus efectos. Es cierto. Hizo de la necesidad virtud. Pero dijo esa frase que durante mucho tiempo deseamos oír: nunca más.

Cuando importaba no se equi-

vocó. Y por eso merece un reconocimiento.

El general Cheyre pertenece a esa generación de militares que, sospecho, han comprendido el lugar que cabe a las armas, y a quienes las poseen, en la democracia. Esa generación que en vez de mirar con resquemor a los civiles desarmados y a los políticos, ha aprendido a comprenderlos.

No a admirarlos. Eso es distinto. Simplemente a comprenderlos.

Él es de esos militares que ya no son alérgicos al mundo civil y a la vida cívica y por eso no sería raro verlo algún día entreverado en la arena política. De esos militares que no riñen con las palabras ni tropiezan con las ideas. Es de esos que cayeron en la cuenta que la democracia y el inevitable desorden que introducen las libertades, son imperfectos; pero sabe que ése es el mejor de los mundos que los civiles y los militares tenemos a nuestro alcance. Los civiles, porque así nos autogobernamos. Los militares, porque esa es la única manera de monopolizar la fuerza y, al mismo tiempo, evitar el desastre moral en el que en alguna vez, por desgracia, incurrieron.

Sospecho que mañana, en la Parada Militar —esa misma que con emoción contenida siguen miles y miles de chilenos que ven las filas perfectas, admiran el paso del tambor mayor, escuchan embobados los recuerdos hero-



Carlos Peña G.

Vicerrector Académico
Universidad Diego
Portales

cos y se estremecen con los bronces a todo dar— el general Cheyre estará algo nostálgico y algo triste. Apretará la mandíbula más de lo habitual e intentará así disimular la emoción. Recordará, sin duda, sus sueños de adolescente, cuando anhelaba vestir el uniforme y se preguntará si después de tantos años y después de tantos tropiezos, logró estar a la altura. Se lo preguntará para sus adentros, especialmente ahora, en esta parada militar, que para él será la última.

¿Estuvo a la altura? Como nos ocurre a todos, como le ocurre a usted y a mí cuando sacamos las cuentas de lo que hicimos o dejamos de hacer, él también pensará que estuvo por debajo de sus propios sueños y de sus propios anhelos.

Pero la verdad es que estuvo a la altura. Lo estuvo de la única forma que es posible en la vida pública: sacrificando un poco las propias convicciones y la propia biografía y, como reza el dicho florentino, amando más a la patria que a su propia alma. ■